

título de *Gobierno de Dios* bajo el disfraz de un mero tratado de religión y moral, un nervudo y contundente folleto político contra los obispos y los patricios, reliquia viviente de la antigua y degradada Roma. Traza acerca de ellos el mas repugnante cuadro; arrastra por el fango sus mas gloriosos recuerdos y renueva contra la aristocracia de su época la oposicion que el cristianismo naciente habia hecho á la oligarquia senatorial. Siguiendo el ejemplo de Tertuliano y de Justino, escarnece el espíritu trasfundido del senado pagano en el senado episcopal. No es Salviano como el Galo antiguo que venera la sombra del Capitolio proyectada sobre el anfiteatro de Nimes y sobre los templos de Tréveris; es uná especie de Druida cristiano que recuerda ó que adivina que corre por sus venas la sangre germana, y así, rebosando en hiel contra el universo romano, cuyo odioso esplendor descubre oculto detrás de la Cruz, vuelve á blandir la tea mal estinguida de Breno, y en nombre de Dios, de la Providencia y de Jesucristo, trepa lleno de ímpetu sobre la techumbre de las basílicas y desde allí con voz de trueno llama á los Bárbaros y los escita á la conquista y al esterminio de Roma. «Solo en los Bárbaros, exclama, podemos hoy tener esperanza: »Dios los ha marcado con su sello; ellos crecen y Roma sucumbe! Saul »maldecido y destronado, esa eres tú, Roma! David bendecido y triunfante, esos son los Bárbaros! Qué diferencia entre sus costumbres y »las vuestras! Qué monstruosa impudicia por una parte; qué respeto »á la fé conyugal, qué aversion á los desórdenes y á los vicios por la »otra! Decís que ellos son hereges: es cierto, pero lo ignoran, y viven »tan convencidos de su ortodoxia, que nos dán á nosotros en cara »con ese mismo apodo infamante.» Y añade en otro pasaje: «El número de los fieles aumenta, pero la fé se entibia: los hijos crecen, pero la madre está enferma. Tu misma fecundidad, oh madre Iglesia, te »ha enflaquecido y estenuado: te vemos decaer en tus mismas conquistas y perder en ellas tu primitiva robustez y energía. Has diseminado »por el universo los miembros de tu cuerpo sagrado, pero son miembros sin vigor, y si gozas de opulencia por la muchedumbre de los »creyentes, eres pobre en la fé: Eres rica de gentes y necesitada de »verdadera devocion: inmensa de cuerpo, menguada de espíritu: grande por de fuera, dentro pequeña: creces por un prodigio inconcebible; y al propio tiempo degeneras.» Para completar su pensamiento, bosqueja Salviano por último el cuadro espantoso de la miseria del

pueblo y nos descubre á los esclavos, á los simples ciudadanos y hasta á los mismos hijos de familia prefiriendo á tan lastimoso estado de cosas la desercion á las tribus bárbaras, y encontrando entre los Germanos y los Godos la seguridad que la patria les niega. No era Salviano el único que emitia estas ideas: los simples presbíteros, los solitarios eran todos en general favorables á los Bárbaros. Odoacro, al invadir la Italia, fué antes á visitar al famoso cenobita San Severino, retirado en las orillas del Danubio, y allí le dijo el santo: Vé á Italia: te vistes hoy de pieles de animales, pero no las llevarás mucho tiempo (1).

A tal punto habia décaído la santa y sencilla moral cristiana de los tres primeros siglos (2). El mal era universal: por eso Dios estendió á todo el occidente la inmensa plaga de que habia de nacer el remedio. En España, finalizaba apenas el siglo cuarto y tanto habia languidecido la pureza de las costumbres, que el Concilio I de Toledo tuvo que tratar el concubinato con una lenidad que contrasta singularmente con las severas prescripciones del Concilio de Elvira. Gran mengua era para los cristianos de esta época, que al cabo de cuatro siglos de promulgado el Evangelio, hubiese que amoldar los cánones al patron de las leyes gentílicas! Tanto habian enervado la virtud de los cristicolas de España la heregia de los priscilianistas, el orgullo y ambicion de algunos preladados, y sobre todo los casamientos de los clérigos, las ordenaciones viciosas y la incontinencia de los ordenados.

«Los vengadores de la Providencia vagaban ya, muchos años habia, entre las brumas del norte, cual anduvo el pueblo de Dios por el Desierto, esperando por espacio de cuarenta años que se colmasen las iniquidades de Canaan para exterminar su raza y apoderarse de la tierra mancillada con sus vicios (3).» Los Godos, que tanto por sus victorias como por sus reveses se habian ido iniciando en los secretos del mundo antiguo, que habian recibido la nueva fé aunque desfigurada por la predicacion de Ulfilas, y que en gran parte se habian ya despojado de sus feroces costumbres primitivas, iban á precipitarse con to-

(1) Vita S. Sever. Noric. apud. Boll. 8. jan.

(2) Las costumbres de muchos cristianos eran ya peores que las de los paganos mismos. El Pontificado, dice con verdad suma el Sr. D. Vicente Lafuente en su *Historia eclesiástica de España*, no era ya la senda del martirio. Las costumbres del clero de Roma daban ocasion á S. Gerónimo para escribir una epistola con todos los rasgos de una picante sátira.

(3) *Historia ecles.* arriba citada, t. I. p. 444.

das sus fuerzas y con un impetu que hasta ahora nunca habian desplegado, sobre el cuerpo palpitante de la gran Roma moribunda. Los vemos, no obstante, y este es un rasgo muy característico de la invasion de los Bárbaros, acercarse, detenerse, retroceder, llegar de nuevo para cejar nuevamente, y fatigar al Imperio con el flujo y reflujo de su amenazante furia, hasta desbordarse por fin para cubrir el suelo que con fanático asombro habian respetado.

Descarga primero el terrible azote en el Oriente. «La mente se horroriza», escribe un santo doctor contemporáneo (1), recordando los «desastres ocurridos en nuestro siglo. Hace ya mas de veinte años que «la sangre romana baña la tierra desde Constantinopla hasta los Alpes «Julianos. El Godo, el Sárмата, el Quado, el Huno, el Vándalo y el «Marcomano asuelan, destrozan y saquean la Escitia, la Tracia, la Macedonia, la Dardania, la Dacia, la Tesalia, la Acaya, el Epiro, la Dalmacia y las Panonias. ¡Cuántas matronas y vírgenes, cuántas criaturas nobles y puras han sidô escarnecidas por semejantes fieras! Hemos visto á los prelados gemir entre cadenas, presbíteros y diáconos inmolados, iglesias derribadas ó convertidas en establos inmundos! Cúnden por do quiera el luto, los gemidos y la muerte. El mundo romano se desploma; sin embargo, no perdemos la esperanza!»

Las mismas espantosas escenas se reproducen luego en el Occidente y al lado de los Alpes. Los Vándalos, los Alanos, los Suevos y Silingos, tremendos precursores de los Godos, vanguardia furibunda de otras gentes menos feroces que ellos, invaden las Galias y la España desde los primeros años del siglo V. Aprovechándose del desorden que fomentan las mezquinas rivalidades de los Augustos, empiezan desde el año 409 sus correrías por la Península en ademan y son de triunfadores, conducidos por sus caudillos, á quienes dán el nombre de reyes (2). Eran los Vándalos los mas poderosos: saltaron la Es-

(1) S. Gerónimo.

(2) El conde de Saint-Priest en su *Histoire de la Royauté* (lib. IV. 4) observa que Ulfilas debió proponerse sin duda la abolicion de la monarquía hereditaria entre los godos, ó lo que es lo mismo, el aniquilamiento de su sancion religiosa. La verdad es que la gran familia visigoda perdió desde muy tempranó el instinto monárquico-hereditario. Es un robusto indicio que justifica la citada observacion, el hecho de haber suprimido Ulfilas en la traduccion que hizo de la Biblia para los godos, no solo el libro entero de los *Reyes*, sino hasta la palabra *rey*, sustituyéndola con la de *thiudan* que solo equivale á gefe ó caudillo. No era en efecto la voz *thiudan* la verdadera equivalencia del *basileos* griego ó del *rex* latino. El sabio Græter, tomando por fundamento este hecho singular; concluye que el titulo de rey no ha sido conocido hasta el 4.º ó el 5.º

paña por el Pirineo llevándolo todo á sangre y fuego: intentaron algunas ciudades defenderse, pero en vano, porque la desesperacion y el desaliento habian llegado al colmo. La muchedumbre de los Bárbaros, su ferocidad y vigor en la guerra, lo superaban todo: españoles y romanos, caían igualmente bajo sus frámeas; no se sabe si fué más rápido el pánico al cundir de una en otra poblacion, de una en otra provincia, ó la ruina y la desolacion al consumarse. Las ciudades asaltadas, saqueadas, destruidas; los lugares y caseríos incendiados; los campos devastados y cubiertos de cadáveres; la peste y el hambre completando el estrago de la invasion, eran los tristes pregones de la justicia divina que empezaba á cumplirse en la infeliz y prevaricadora España, pagana y cristiana. Refiere un autor contemporáneo y testigo ocular de aquel grán desastre, que llegó á tal extremo el hambre, resultado natural de la continuacion de tan inhumana guerra, que fué necesario comer carne humana (1). Otra cuarta plaga, añade San Isidoro, fatigaba entonces á esta miserable nacion: los animales fieros, y principalmente los lobos, se multiplicaron terriblemente, y acostumbrados á la carne de los cadáveres se hicieron mas bravos contra los hombres, y nubes de cuervos se precipitaban sobre los campos de batalla ensordeciendo el aire con sus graznidos. Hizose sentir principalmente este implacable azote en Asturias, Galicia, Lusitania y parte de la Bética.

No se desdeñaban los reyes ó caudillos de estos pueblos bárbaros de acudir á la maña de las negociaciones para asegurar sus conquistas: en cuanto lograban arrancar un giron al Imperio, al punto solicitaban la paz con los romanos. El vándalo Gunderico (2) la obtuvo del débil y apocado Honorio, basada en el reconocimiento de su presa, sin mas condicion que la de no molestar con extorsiones de ningun género á los antiguos pobladores de España: *sine veterum incolarum maleficio*. Pe-

siglo, y hasta supone que Clodoveo fué el primero que hizo cambiar el título de *thiudan* por el de rey (*king* ó *kong*). El Inglinga-Saga destruye la consecuencia de Græter, porque atestigua que el título de *kong* estaba en uso desde el siglo II por lo menos: y de consiguiente hay que convenir en que la supresion de la palabra *rey* en la version de Ulfilas fué voluntaria y premeditada.

(1) Paulo Orosio. Otro escritor lo confirma. *Gundericus, filius Modigisilli, regis Vandalorum, per hæc tempora cum Alanis et Suevis Hispanias occupaverat. Qui, ut REFERT DIVUS ANTONINUS, ad tantam miseriam incolas deduxerunt, ut famis indigentia humanas carnes ederent.* (Francisci Taraphæ, de Regibus Hispaniæ, in Scott., *Hisp. Illust.*, t. I.)

(2) Este nombre le dán los mas autorizados historiadores: otros le llaman Godigiso, y aun algunos Giserico.



ro de las alianzas de los Vándalos con los Romanos se originaron nuevas y sangrientas guerras. Los Alanos, en quienes era la ferocidad el principal distintivo, acometieron á los Vándalos y á los Silingos que con ellos iban como entrelazados y confundidos, y los obligaron á evacuar la Bética retirándose á vivir en Galicia con los Suevos. Los romanos- españoles en tanto conservaban cierta superioridad nominal y de hecho en la España asolada y despoblada: su valimiento hizo á los Vándalos recobrar la tierra del Bétis que acababan de perder; mas luego su perfidia les arrebató aquella misma provincia que les habian ayudado á recuperar para dársela á otras gentes que iban á figurar de nuevo en el ensangrentado teatro de aquende el Pirineo. Estas gentes eran los Godos, cuyos hechos se enlazan á la historia de la dominacion vandálica sirviendo de eslabon el gran escarmiento de la toma y saco de Roma por Alarico.

*Perge et Roman derue!* decia una voz secreta é irresistible á este impetuoso caudillo, cuando despues de haber levantado dos veces su brazo sobre la ciudad eterna, un inesplicable respeto le contenia mezclando el remordimiento del sacrilegio al delirante placer que gozaba en expectativa. Corria el año 410 de nuestra Redencion el dia que Alarico vengó á todos los enemigos de Roma cebándose en la desesperacion, en las lágrimas y en la infamia de la grande adúltera. Aquel dia, dice Jornandes (1), *saciaron su hambre los godos*. La venganza fué igual á la injuria, y se saldó de una vez la larga cuenta de todos los agravios sufridos (2). Porque para hacerse lugar en el territorio del Imperio, no solo habian consentido aquellos sencillos hijos de la Escitia (3) en abrazar una fé nueva, sino que habian dado en rehenes su propia sangre, y por un arranque de su natural ingenuidad en que se confunden lo más noble y lo más abyecto, habian entregado sus hijos por conservar sus armas: y la iniquidad de los emperadores los habia

(1) Jornand. XXVI., Script. rer. ital. I, 204.

(2) *Hæret vox et singultus intercipiunt verba dictantis. Capitur urbs quæ totum cepit urbem!* exclamó San Gerónimo interrumpiendo sus doctas tareas al recibir la noticia de la caída de Roma.

La ciudad eterna quedó por algun tiempo como abandonada y desierta. Las principales familias huyeron desamparando sus casas y propiedades. «¿Quién se hubiera nunca imaginado, escribia el Santo Doctor á Eustoquio, que Roma, tan encumbrada por sus victorias, habia de perecer, y que despues de haber sido la madre del universo habia de llegar á ser el sepulcro de sus pueblos?»

(3) S. Isidoro hace derivar á los godos ó getas de los escitas, y esta opinion es la más seguida en el dia. *Nam ñdem Gothi Scythica probantur origine sati.*

hecho doblarse á todas las humillaciones y padecer todos los horrores de la servidumbre. No hubo daño, no hubo oprobrio que el infeliz godo no sufriera: todo lo conlevó paciente, el hambre, el escarnio, la prostitucion (1). En trueque de unos cuantos puñados de trigo y de unas pocas reses, cedieron á sus descorazonados dueños su libertad y sus hijos; y en vez de reses y trigo los proveedores concusionarios les arrojaron carne de perro y cadáveres inmundos!... Su rebelion fué el resultado evidente de una necesidad material: nó efecto de la ambicion ó de la emulacion.

Vencida Roma por Alarico, su cuñado Ataulfo, al sucederle, creyó preciso dar una sancion solemne á su título de rey, y recibió la investidura imperial. La monarquía goda se resintió luego siempre de este origen. El pensamiento de Ataulfo fué empero mas atrevido que el brazo de Alarico: queria que el mundo romano no llevase en lo venidero mas nombre que el de Gocia (2); pero el genio de Roma en el semblante de la hermosa Gala Placidia fué el freno de su audacia; el rey de los Godos no fué de entonces más que un mero general de la militia romana prosternado ante una hija de los Césares, y esta amorosa humillacion le perdió para con sus guerreros. Creían ver estos en la pasion de Ataulfo la debilidad del hombre, y se engañaban, porque aquella pasion era el flaco; era la dolencia de toda su nacion: la gente goda en masa, dice un historiador moderno arriba citado (3), estaba prendada del Imperio, lo mismo que Ataulfo de la hija del gran Teodosio.

En este ciego amor de los Godos á Roma está el secreto de su inferioridad respecto de otra raza que, estando en la época sobre que discurremos mucho mas atrasada que ellos, llegó en los siglos posteriores á ejercer una poderosa iniciativa en los destinos y en la civilizacion de Europa. Aludimos á los Francos.

Herederó Ataulfo de las conquistas de Alarico, se estableció en la Galia Narbonesa, donde desplegó al desposarse con Placidia una pompa del todo imperial, llevando su exagerada aficion á las costumbres romanas hasta el punto de cubrirse de púrpura y oro, como renegando de los antiguos usos de su nacion. Obligóle á pasar á España la misma perfidia romana, siempre activa y nunca escarmentada; porque queriendo

(1) Amm. Mareel. lib. XXXI, cap. XXVI.

(2) P. Orosio.

(3) St. Priest.

Honorio recobrar la parte meridional de la Galia, cuyas pingües provincias no habia sabido conservar y defender cuando hubiera sido honroso hacerlo, mandó con instrucciones secretas á Constancio que combatiere y estrechase á los Godos; y Ataulfo, viendo cerrados los puertos y bloqueadas todas sus costas en el Océano y en el Mediterráneo, temiendo el hambre, se vino á Barcelona y dilató sus armas hasta muy dentro en el pais que ocupaban los otros pueblos bárbaros. Hizo aquí cruda guerra á los Vándalos, auxiliado por los hispano-romanos, cuyo sistema político se reducía ahora á hacer siempre liga contra el que mas visos presentaba de poderse establecer sólidamente, para declararse luego contra el sucesor en las mismas aspiraciones: y de resultas de sus victorias logró algunos años de paz, odiosa á las indómitas tribus constituidas bajo su mando. Los españoles, oprimidos por el yugo de los Vándalos, que eran en su mayor parte gentiles, y fatigados de otro yugo no menos pesado y mas antiguo, cual era el romano pagano, debieron hallar ventajas en la dominacion de los godos occidentales (Visigodos), mas humanos y racionales, amantes de la cultura y de sus artes, y por último cristianos, aunque contagiados con los errores del arrianismo. Bien hubieran querido los imperiales contrastar el poder de los visigodos y restablecer en toda la Península su dominio por medio del mútuo aniquilamiento de los invasores; pero se les frustraron sus intentos, porque en el último esfuerzo que hizo Honorio enviando á España á Castino, fué este *comes domesticorum* derrotado con mas de veinte mil romanos en las cercanias de Tarragona, y de entre los godos surgian ya reyes á propósito que de victoria en victoria los condujesen al ansiado puerto de la paz y de la justicia fundando en España una gran monarquía con exclusion completa, si bien paulatina, de todas las demás razas infecundas. Pero antes de lograr este feliz estado, cuánta desolacion y estrago se apareja para la hermosa provincia objeto del presente estudio!

Suponen muy autorizados historiadores, que compadecidos los mismos Bárbaros de la ruina que con sus mútuas hostilidades causaban en las provincias de España, resolvieron repartírselas de comun acuerdo en tiempo de Ataulfo. De resultas de esta distribucion mostráronse en el quinto siglo, mas bien acampados que con plena seguridad constituidos, en Galicia los Vándalos y Suevos, los Alanos en la Lusitania y Cartagena, y los Vándalos Silingos en la Bética, abandonando á Galicia y

después de devastar las islas de la Tarraconense (1). Estas islas quedaban en poder de los naturales y de los romanos, juntamente con Carthago y la Carpetania. Poco sin embargo debió durar este concierto, porque vemos á Walia muy en breve celebrar alianza con el Imperio y debelar á los Vándalos Silingos expulsándolos de toda la Bética (en el año 419). No bastó esta victoria á libertar para siempre á la hermosa region del Bétis del yugo de los Bárbaros mas feroces: los Vándalos de Galicia hicieron nueva irrupcion en ella (año 420) triunfando de los esfuerzos unidos de Godos y Romanos, recorriéronla de un cabo á otro robando y asolando, y en Hispalis causaron tanto daño que la dejaron medio destruida (2). El rey Gunderico, depredador y soberbio, dirigia la terrible incursion: descollaba en Hispalis una basilica dedicada á un insigne mártir de la persecucion de Diocleciano: la piedad de los fieles la habia enriquecido con donativos, y la Iglesia de San Vicente, que tal era la advocacion de la santa casa á que nos referimos, servia de catedral, cuyo clero gobernaba el prelado Marciano (3). El Vándalo impío y codicioso, resuelto á llevar la guerra y las depredaciones á las costas africanas, quiso antes recoger en la Bética todo el botin posible, y puestos los ojos en el tesoro de aquel insigne templo, intentó arrebatarlo usando de la fuerza (año 428). Pero Dios volvió por el honor de su casa, y al salir del templo le quitó la vida (4). El lugar donde acaeció este notable escarmiento de las justas iras del cielo, debió ser, segun las razones que en su *España sagrada* expone el P. Florez, el mismo que hoy ocupa la Catedral. Nada se sabe de las particulares circunstancias de semejante hecho, que, á pesar de la brevedad con que lo refieren Idacio y San Isidoro, debió ser muy ruidoso por lo mismo que ellos lo consignan en sus diminutas historias. Nada tampoco puede colegirse acerca de la conducta que en tan críticas circunstancias seguiria el obispo Marciano, de quien asimismo son tan escasas las noticias, que solo se sabe el desgraciado tiempo en que ocupó la

(1) Refiérenlo Idacio y San Isidoro, aquel en su *Chronicon*, este en su *Historia de los Vándalos*. *Wandali autem, cognomine Silingi, (dice) relicta Gallæcia et postquam Tarraconensis provinciæ insulas devastarunt, regressi Bæticam sortiuntur. Hispani autem per civitates et castella residua plagis afflicti Barbarorum dominantium sese servituti subjiciunt.*

(2) *Gundericus rex Wandalarum... Carthagine Spartaria eversa,... ad Bæticam transit, Hispalim diruit, etc.* S. Isid. *Wandalorum historia.*

(3) Florez. *Esp. Sagr.*

(4) *Cum irreverenter in basilicam S. Vincentii martyris manus extendisset, mox Dei judicio in foribus templi dæmonio correptus interiit.* S. Isid. *Ibid.*



silla hispalense. Cumple observar sin embargo, que los cristianos españoles, enervados antes con la paz, se enaltecieron en las tribulaciones de la persecucion vandálica, y que muchos de aquellos prelados que en los años anteriores á la irrupcion de los Bárbaros se habian mostrado tan ambiciosos y turbulentos, al sonar la hora de la adversidad fueron enteramente dignos de sus altos puestos. San Agustin, que ya en lo último de su vida, hubo de llorar iguales desastres en su pais pocos años despues, cuando aquellos mismos Vándalos de Gunderico, capitaneados por su hermano el apóstata Genserico (1), pasaron el Estrecho, presentaba á sus coepiscopos de Africa la conducta de los obispos de España como un modelo que debian imitar (2).

Curioso sería saber qué linage de arquitectura presentaba la mencionada basilica (3). Hay quien supone que fué edificada el año 300 (4): si es cierta la conjetura, el estilo arquitectónico de este templo debió ser el romano decadente que se observa en las construcciones de Diocleciano y Constantino, sin que le faltase tal vez la innovacion, tan característica de aquel tiempo, del arco descansando directamente sobre el capitel de la columna. Esta modificacion sustancial de las antiguas reglas de construccion, en cuya virtud quedaba suprimido el arquiteave, y el mácizo poste cuadrangular, apoyo clásico del arco, sustituido por la esbelta columna, es de origen evidentemente cristiano. Se la ve na-

(1) Lleva este varios nombres en los antiguos escritores: unos le llaman *Gisericus*, otros *Gessericus* ó *Gaisericus*. *Gensericus* es el mas usado, segun Florez. *Gisericus*, dice S. Isid., *ex Catholico effectus apostata in arianam primus fertur transisse perfidiam*.

(2) Epíst. 228, tomo 2 de sus obras—edicion de S. Mauro 1729.

(3) Conviene tener presente que la antigua basilica de S. Vicente mártir de que aqui se trata no es la actual parroquia de S. Vicente. El P. Florez rebate con sólidos argumentos semejante suposicion.

(4) Ford. *Murray's hand-book for travellers in Spain*. Part. I, p. 269. La tradicion está conforme con esta suposicion, si bien equivoca el lugar donde se erigió la basilica, porque la advocacion sola de S. Vicente Mártir le ha servido de guia y ha sido causa de que se aplicase al templo que hoy lleva este nombre la memoria correspondiente á la primera catedral, de que no existen ni los cimientos. Existe, pues, en una de las puertas laterales de la actual parroquia de S. Vicente y en la haz exterior del muro, una lápida con la siguiente inscripcion moderna: *En este santo templo, que se fundó por los años poco despues de CCC de Jesucristo y se conservó siempre en el culto y religion cristiana, fué el feliz tránsito del egregio doctor y arzobispo de Sevilla S. Isidoro, año de 636, y antes, en el de 421, queriendo Gunderico I rey de los Vándalos profanarlo y robar sus muchas riquezas, al entrar por esta puerta fué arrebataado del demonio y muerto infelizmente en pena de su delito. En la parte superior de esta inscripcion está groseramente figurado el cuervo con el tridente alusivo á la leyenda del Santo mártir. No hemos hallado en esta parroquia vestigio alguno que denote la remota antigüedad que le atribuye la equivocada aplicacion de la lápida transcrita.*

cer en la catacumba (1) y desarrollarse en muchas construcciones profanas de Oriente y Occidente. Si como simple ornamentacion puede haberla hecho de nacimiento oriental el mero capricho (2), como decoracion y sistema de construccion es quizá puramente latina. No se cita edificio alguno de Oriente, anterior al palacio de Diocleciano de Spalatro, que ofrezca como este un pórtico de arcos sostenidos por columnas: ni se conocen tampoco fuera de Italia, de época en que aún el cristianismo era perseguido, sarcófagos, urnas cinerarias y cofrecillos como los que mencionan D'Agincourt y Bosio entre los ejemplos primitivos de esta combinacion tan trascendental (3), que con razon se tiene por el principio de toda la arquitectura cristiana.

Fué tal la turbacion y el desórden ocasionado en la Bética por los Vándalos, que apenas queda memoria de los mártires que hicieron. Eran estos Bárbaros, paganos unos, arrianos la mayor parte, católicos algunos: de Genserico dice San Isidoro, que de católico se volvió arriano, y cuéntase (4) que persiguió encarnizadamente á los verdaderos fieles: no conservándose ni siquiera el nombre de una noble doncella á quien mandó decapitar por no querer rebautizarse segun el rito arriano, de resultas de no haberse podido guardar en aquella general mantanza las fórmulas romanas, ni escribir las actas de los mártires como era antigua costumbre. Pasó este cruel azote al Africa abandonando el tirano voluntariamente la Bética el año 429. Sus muelles habitantes, suaves de condicion y dóciles casi siempre al yugo extranjero, segun vimos al bosquejar el cuadro de la Bética desde que la hicieron asiento y emporio de sus florecientes colonias los fenicios, griegos y cartagineses, hasta que se convirtió en provincia la mas devota del Imperio romano, no habian sabido resistir, como otros pueblos de la Península, ni el halago del sensualismo pagano, ni las duras vejaciones de los Bárbaros. Igualmente dóciles con los maestros y con los tiranos, se amol-

(1) V. la interesante obra de Perret sobre las Catacumbas de Roma. En prueba de que el arco cargando sobre la columna no es invencion posterior á la traslacion de la silla imperial á Constantinopla, puede observar el lector en la citada obra las láminas que representan la entrada de una cripta en el cementerio de S. Aprofiano y el interior de otra cripta en el cementerio de Santa Ciriaca.

(2) Cita en efecto D'Agincourt en su *HIST. DEL ARTE: archit. una terra cotta egipcia* en que se advierte esta combinacion.

(3) Sirvan de muestra el famoso sarcófago de la villa Albani y las urnas halladas en las catacumbas que publica el cit. D'Agincourt. Tan frecuentes son, que Bosio considera solo por esta razon de uso remotísimo las columnas sosteniendo arcos.

(4) Gregor. Turon. *Hist. Francor.* lib. II, n. 2.